

Cultura obrera y política socialista. Los primeros decenios del PSOE

Michel Ralle

Universidad París-Sorbonne (París IV)

Resumen: El análisis de las influencias recibidas y de la actividad de los dirigentes son los elementos que más a menudo han sido utilizados para explicar la trayectoria del partido obrero español durante sus primeros decenios. El enfoque atenuó en cierta medida la presencia de orientaciones que dieron un perfil particular al socialismo español: exclusivismo obrerista, reticencia y hasta rechazo frente a la perspectiva de democratización y a las alianzas con la corriente republicana, repliegue sobre la identidad social y la labor de organización... De hecho, la inserción del partido en los sectores asalariados no se construyó solamente a través de los modelos políticos tales como los difundió por Europa la corriente marxista. Junto con ellos y a veces hasta con temas aparentemente similares están las experiencias y las elaboraciones ideológicas propias de los colectivos obreros organizados que dominan el sector asalariado con una contribución particularmente significativa de los obreros de oficios, incluso más allá del término de la Restauración. Las temáticas difundidas ayudan a entender tanto la inserción social del PSOE como la cultura política en la que el partido se inscribe.

Palabras clave: PSOE, cultura obrera, socialismo, ideología.

Abstract: The analysis of both events, the influences and the activities of their leaders are the elements to explain the way Spanish Worker Party filled during their first decennium. The focus reduced in a such proportion the existence of some aspects that had given a particular profile to the Spanish Socialism: worker exclusivism, reticence and also front rejection to the perspective of the democratization, the republican current alliance and recovering about social identity and organization... In fact the implantation of the party in the employee sector had not

been formed only by the political patterne as the marxist tendency has been diffused in Europe. According to them and some times using topics apparently similars we found the experiences and the ideological elaboration proper of the organized workers that control the employee sector with a particulary significant contribution of the workmanship even yonder the end of the Restoration. The diffused thematics help to understand the social insertion of the PSOE its politics culture and the political organization that defines it.

Key words: PSOE, labour culture, socialism, ideology.

Es aparentemente legítimo intentar establecer una relación entre la política elaborada por el PSOE en los primeros decenios de su vida y la «cultura obrera», tal como se supone que ha podido existir en la España de la Restauración. Aunque los sectores obreros no constituyen entonces un conjunto numeroso, ni tampoco unívoco en sus formas, tienen por lo menos cierta presencia en la sociedad; sin ella no aparecerían, por ejemplo, de forma espontánea en algunos de los tipos del «género chico». Ahora bien, la hipótesis puede también parecer paradójica ya que la historiografía especializada casi no la ha contemplado. Y menos aún a propósito de lo que se considera como el primer periodo de la historia del PSOE, aquel que se da generalmente por terminado cuando el partido empieza a admitir, en el decenio inicial del siglo xx, que los poderes públicos sean sus interlocutores y, sobre todo, que pueda participar con los republicanos en la defensa de aquellos aspectos del régimen que tienen algo de democrático.

La diversidad de contenido que los análisis históricos sobre el movimiento obrero español han atribuido al concepto constituye otro motivo para considerar arriesgado el presente intento. De hecho, en los casos, poco frecuentes, en que se mencionaba una «cultura obrera» que estaría presente en la sociedad de aquel tiempo, ella se veía como un elemento, entre otros más, del contexto socio-político como el desarrollo industrial, por su carácter limitado en España, o como la falta de apertura del marco político, pero con menos peso y algo más de confusión. En los trabajos que conciernen al mundo obrero español, lo que sería la cultura propia del grupo suele adolecer, por consiguiente, de indefinición.

Evocar su existencia es mencionar, sin mucha jerarquía ni mucho orden, las formas de la actividad de los asalariados del trabajo manual

y sus modos de vida: nivel y composición de los salarios, modalidades del trabajo, inserción en el hábitat —aparece a veces en la literatura el carácter reciente de los espacios urbanos con fuerte presencia obrera—, estatuto de la profesión y también percepción que se tiene de ella, participaciones en distintas sociabilidades y solidaridades... Éstos dos últimos niveles de relaciones sociales señalarían algo más visible que los anteriores, ya que tienen que ver con las prácticas de la llamada «resistencia económica», cuyas formas anteriores a la entrada en acción de las referencias marxistas y bakuninistas han sido señaladas como modelos específicos y duraderos para el propio socialismo español¹. Probablemente no sorprenderá que lo que pertenece al nivel sindical, tal como se construye en un espacio nacional particular, esté más cerca de prácticas concretas y dé lugar a elaboraciones ideológicas menos rígidas, a diferencia de lo que ocurre con las representaciones propiamente políticas². Pero tampoco se puede prescindir de éstas y de sus orígenes diversos: son también, globalmente, elementos constitutivos de una cultura nacida de los conflictos que afectan al grupo y de las actitudes de las categorías sociales populares en el inicio del proceso de su politización. En el marco, que queda todavía incompleto, habría que añadir las distancias que se toman frente a las formas institucionales de la religión, menos mencionadas tal vez por menos conocidas e investigadas, si bien se ha podido subrayar su papel fundamental en otras clases obreras³. Al fin y al cabo entraría para formar parte de una cultura propia del grupo todo aquello que, junto con la estricta acción política o sindical y a veces tanto como ella, construye unos modelos de comportamientos para el conjunto obrero. Algunos aspectos se vislumbran de vez en cuando, al evocarse por ejemplo lo cotidiano de la vida obrera, pero su lógica global no la ha establecido todavía la historiografía, al menos en un marco como el español.

Ya que el terreno no ha sido favorable para las preguntas sobre el lugar de tales experiencias y referencias, no han surgido muchas

¹ PÉREZ LEDESMA, M.: «La primera etapa de la Unión General de Trabajadores (1888-1917). Planteamiento sindical y formas de organización», en BALCELLS, A. (ed.): *Teoría y práctica del movimiento obrero en España (1900-1936)*, Valencia, Fernando Torres editor, 1977, pp. 115-150.

² ROBERT, J. L.; BOLL, F., y PROST, A.: *L'invention des syndicalismes. Le syndicalisme en Europe à la fin du XIX*, París, Publications de la Sorbonne, 1997.

³ Fundamental en la famosa obra de Thompson sobre la formación de la clase obrera inglesa.

hipótesis acerca del papel que hayan podido desempeñar en la configuración de una identidad y de una autopercepción del grupo. Se ha llegado a señalar la importancia eventual del estatuto de un oficio o del carácter muy jerarquizado del trabajo en las ocupaciones de tipo artesanal para configurar formas de defensa que pudiesen influir en las percepciones propiamente sindicales o políticas⁴. También se les ha atribuido un papel importante en la elaboración del «antiautoritarismo» obrero, del que no parecen encontrarse muchos ejemplos fuera de la España de antes de la guerra civil, a ciertos proyectos políticos anteriores a la presencia de los esquemas del marxismo de los partidos obreros de entonces, ya que tuvieron impacto en los medios populares —ahí está, por ejemplo, lo que proporcionó el modelo federal, tan presente en el republicanismo español. Pero el tema hace sobre todo echar de menos mayor conocimiento, y más precisos análisis, sobre los distintos niveles de la vida obrera en España.

En cualquier caso, además de poco advertidas, las actitudes y representaciones peculiares eventualmente presentes en el espacio obrero difícilmente han llegado a considerarse como parte del bagaje ideológico de quienes configuraron el PSOE. En cambio, el presente artículo tomará el riesgo de establecer algunas relaciones que pueden afectar al socialismo español. De paso, se aludirá también a la otra gran orientación del movimiento obrero presente en el país, la libertaria. Constituye algo obligado no sólo por su carácter central sino porque también se forma dentro de las mismas experiencias sociales. Este trabajo no va a añadir datos significativos sobre el contenido de la cultura obrera en España durante el espacio de tiempo que abarca, pero, a pesar de ello, considera posible valerse de algo que no parece tan secundario, y se trata de la contribución que representaron precisamente como modelos sindicales y políticos, y no solamente para los socialistas, las iniciativas de defensa y de asociación que se edificaron en el contexto anterior a la existencia de las organizaciones con proyecto específicamente obrero de transformación de la sociedad. Éstas no borraron aquéllas, dándoles a veces, incluso, nueva vida bajo otras apariencias. Se trata, por consiguiente, de ver cómo las representaciones que el mundo del trabajo había ido elaborando de manera más informal estuvieron presentes después de

⁴ Para el PSOE en particular, cfr. JULIA, S.: *Los socialistas en la política española (1879-1982)*, Madrid, Taurus, 1997, pp. 46-48.

la aparentemente tan decisiva ruptura introducida por la fundación de una «federación regional» —española— de la Primera Internacional, punto de partida de las dos grandes corrientes obreras en el país. Para que aparezcan justificados los interrogantes sobre la importancia de la «cultura obrera» se subrayará en un primer momento cómo la historiografía, a pesar de preocuparse sobre todo por el factor político, ha considerado como secundarias, y a veces inexistentes, algunas orientaciones específicas del partido obrero español si se comparan con los partidos socialistas o social-demócratas que más contribuyeron a orientar la Segunda Internacional. Intentar explicar cómo se podía combinar la peculiaridad con la referencia general lleva precisamente a tomar en cuenta algunos aspectos aparentemente más informales de la experiencia obrera, ya que estuvieron presentes en las representaciones elaboradas durante el periodo de formación del PSOE.

Por más que el socialismo español se apoyara, a finales del XIX, de manera casi exclusiva en obreros asalariados, su trayectoria ha sido explicada fundamentalmente por su relación con los esquemas heredados de la corriente marxista. A que se privilegiara el estudio de lo político han contribuido tanto la tendencia de los trabajos sobre el movimiento obrero a reducir la historia de una corriente política a la de sus organizaciones —poco preocupados por consiguiente por sacar de la indefinición lo que puede abarcar el concepto de cultura obrera—, como la forma misma de la presencia del PSOE durante la Restauración: si se deja de lado su vida interna, privilegiada por los primeros estudios, el partido ha tardado mucho en tener algún tipo de presencia en la sociedad. Las miradas de los especialistas casi no se han desviado por consiguiente de lo explícitamente político de su actividad —discurso, iniciativas, modelos organizativos...—, mirándolo a la luz de lo que el movimiento socialista de referencia marxista había edificado antes, y con más volumen, en algunos países significativos. Por lo tanto, no se tomaban en cuenta las representaciones elaboradas en el marco hispánico, antes de la fundación del partido, bien en la vida social de los sectores obreros más articulados —a pesar de ya existir aquellas modalidades de defensa económica bien caracterizadas— o bien en su relación con lo político.

Estas referencias contribuyen, además, a dar una interpretación a un aspecto, y éste estrictamente político, de la trayectoria del PSOE en su primer periodo que, si bien advertido por gran parte de los

historiadores, se ha tendido a considerar como secundario o, al menos, como vinculado con el juego de las influencias ideológicas recibidas: el exclusivismo obrerista, entre cuyas manifestaciones está precisamente el rechazo a cualquier participación en una lucha conjunta con los republicanos para ampliar o, al menos, consolidar los espacios de la representatividad democrática. El característico aislamiento inicial del PSOE, tanto en el marco político como en el de la «resistencia» económica —sólo existían unas pocas organizaciones de defensa que estuviesen próximas a él—, contribuía por su parte a que en lo interpretativo se privilegiara una lógica basada en lo político. La vida misma del PSOE, limitada a la de la organización y que sólo daba lugar a aspectos factuales, la ponía en evidencia de manera preponderante. Era evidente, por varios aspectos, la situación de marginalidad del socialismo español, el cual a pesar del reconocimiento aparente del sufragio universal por el régimen, no conseguía encontrar un lugar en el debate político ni en 1891 ni en las siguientes elecciones. El impacto del Primero de Mayo, iniciativa de la nueva Internacional, tampoco fortalece su presencia en la movilización social, a no ser la excepción bilbaína. De hecho, el potencial sindical cercano al partido obrero no pasa de las organizaciones locales de ciertos oficios no siempre significativos. Fuera de una presencia inhabitual en la zona de Bilbao y de la conocida influencia entre los tipógrafos madrileños, pocas eran las actividades centrales en las que los socialistas habían alcanzado influencia⁵. Para tomar un caso conocido, los estuquistas, a quienes Largo Caballero había conseguido reunir en fecha temprana en una organización (1891), ¿le daban al partido un lugar más reconocido en el abanico de las ocupaciones asalariadas de la capital? Y, sobre todo, el que estos obreros se encontraran en adelante en el marco de la red de contactos de los socialistas, ¿había cambiado algo en sus comportamientos de orden sindical?

A los modelos ideológicos llegados desde fuera, y en primer lugar al guesdismo, ya mencionado por Morato, que lo leía a través de *Le Socialiste*, y subrayado por Tuñón de Lara a partir de la publicación del libro de C. Willard, se les atribuía por consiguiente gran parte de la responsabilidad en esas bien conocidas y duraderas dificultades⁶.

⁵ El peso de los tipógrafos en Madrid, en RALLE, M.: «Socialistas madrileños», en ELORZA, A., y RALLE, M.: *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 296-298.

⁶ WILLARD, Cl.: *Les Guesdistes*, Paris, Sociales, 1965.

El inmovilismo, el de la ideología y el de la praxis, propio de los años iniciales y conservado, por lo menos, hasta la ya señalada inflexión que sólo interviene después del cambio de siglo, parecía alimentarse de la lógica interna propia del *Parti ouvrier français*, esto es, de la defensa exclusiva de una identidad social que instala una clara ruptura con las fuerzas políticas republicanas que no la reconocían en sus proyectos. A ella se habría añadido el esquematismo de los fundadores del PSOE, y en primer lugar el de Iglesias.

No eran asimilables, sin embargo, los comportamientos políticos. La organización francesa de Guesde, Lafargue y Deville intervenía de manera mucho más convencida que el partido obrero español en las contiendas electorales y consideraba como fundamental para su visibilidad como actor político la lucha por medidas legales de protección del trabajo-duración de la jornada, nivel de salario, compensación de los accidentes profesionales, etc. El PSOE de los orígenes, en cambio, no se despegaba del tema de las elecciones-tribuna y no veía ninguna posibilidad para que el Estado estableciera por vía legislativa medidas de protección social, ya que por su naturaleza burguesa no podía conceder nada que no fueran engaños de breve duración. Además se mantenían en el PSOE, y con huellas duraderas en el discurso, elementos visibles de exclusivismo obrerista más que de prioridad a la identidad social; y no sólo no se concedía importancia a la lucha por la democratización de las instituciones, sino que de modo repetido la dirección se negaba a participar en ella. Privilegiando los enfoques habituales de la historiografía los aspectos ideológicos de la actividad del partido, se explicaba más bien aquel radicalismo a partir de unos ajustes tácticos impuestos por el atraso del sistema político español o como consecuencias de la visión estrecha de algunos de los dirigentes. De todos modos, ello atenuaba las diferencias entre dos versiones socialistas. Sin embargo las diferencias concernían a la lucha por las reformas sociales, a la función de la democracia política, a las relaciones con el Estado, las alianzas con sectores sociales no obreros, el papel de la teoría, etc., es decir a temas que son prácticamente los más decisivos para expresar la identidad socialista, en particular frente a la visión moral de la realidad difundida por el anarquismo. Parece difícil, por consiguiente, asimilar sin más el modelo elaborado por la corriente marxista con las orientaciones que el partido obrero español asumía en su actividad concreta.

¿Es posible admitir que se trate de dos versiones del socialismo, si bien tanto la una como la otra quieren ser fieles a los principios

definidos por Marx —de hecho lo que consideran como tal es la vulgata marxista que se difunde en la década de 1880—? Mirados los discursos y las orientaciones desde más cerca, aparecen dos lógicas. La primera es la esperada cuando se habla de los partidos obreros o social-demócratas que cuajan en la «Segunda» Internacional, la que viene estructurada por la vulgata marxista que entonces se estabiliza. Lo característico de su proyecto político combina el plazo corto o el medio con el general, justificando la acción puntual en nombre del fin global. Por una parte, las reformas contenidas en el llamado «programa mínimo» constituirían, con la inclusión de leyes de protección social, una primera transformación de la acción del Estado, justificando que se le «arrancaran» medidas legales. Si bien no desembocaba en el cambio definitivo, tenía una virtud pedagógica fundamental y mudaba la relación de fuerzas. También la «lucha» por ampliar la democracia obraría en favor de la transformación social ya que, al mismo tiempo que facilitaría las condiciones para hacer propaganda, proporcionaría, teóricamente, mayores medios de favorecer a los sectores obreros y, por tanto, mayores posibilidades de acercar los cambios decisivos. Era posible apoyar, incluso colaborar, con las fuerzas políticas de referencia republicana o democrática cuyo objetivo era instalar o defender regímenes representativos. De modo más general, el intento de dar un lugar político central a la identidad obrera, aunque fuertemente afirmada, no excluía los contactos con las categorías sociales intermediarias y no volvía la espalda al debate intelectual.

Los textos del PSOE también proponen formalmente la misma relación entre las reformas limitadas del programa mínimo y el objetivo del cambio social radical, pero el partido deja de lado el primer aspecto de esa doble perspectiva. Hasta principios de siglo, por lo menos, no actúa para que se establezca un marco de medidas legales que protejan a los asalariados ni se propone participar en la democratización de las instituciones. A propósito de lo primero se podrían dar innumerables ejemplos de la voluntad constante de apartarse del Estado. Bastará uno de los más emblemáticos. En un Primero de Mayo, Iglesias subrayó, en presencia de Sagasta, que el partido no esperaba nada de un Estado que sólo podía servir a la burguesía⁷. Por consiguiente, y las fórmulas son del año siguiente, los obreros

⁷ *El Liberal*, 5 de mayo de 1890; *El Imparcial*, 5 de mayo de 1890.

venían a «intimidar», no a «pedir». Es significativo que la alternativa excluya el término de «negociación». Ello se justificaba acudiendo a una fórmula atribuida con superficialidad a Marx: «El Estado es el Comité de la Burguesía»⁸. Si la revolución social consistía en la toma del poder por el partido obrero, antes de conseguir este objetivo muy lejano se asumía frente a las autoridades una conducta «antiestatista». El segundo rechazo es más conocido todavía, por haber sido repetido en tantos y tantos discursos y editoriales. Se extiende incluso a cualquier posible colaboración con los objetivos institucionales de los republicanos, los cuales son constantemente denunciados por su carácter burgués. Por cierto, entre los socialistas de otros países existe a veces la tentación de olvidar el objetivo de luchar por una legislación social o unas instituciones más democráticas, pero esa tendencia se fue debilitando cada vez más. En 1891, con ocasión del Primero de Mayo, algunos miembros del *Parti ouvrier* empujados por el discurso bastante agresivo de los libertarios tuvieron la tentación de ignorar la «potencia pública». Pero el mismo Guesde contestó: «*Non seulement ce n'est pas socialiste, mais ce n'est pas sérieux*»⁹.

Si los socialistas españoles no se apartaban explícitamente de los esquemas de las organizaciones obreras que se reconocían como marxistas, tales como los recogían de la prensa y de los folletos, en general franceses, era porque no les parecían contradictorios con sus propuestas. Su línea general era que no podía haber verdaderos cambios en las sociedades sin que la estructura económica no estuviese afectada de manera fundamental, y ello sólo se conseguía con un dominio total del poder político. No estaba excluido que en algunos contextos nacionales se consiguiera por la vía de los éxitos electorales, lo que se admitió globalmente hasta que a finales de siglo las propuestas de Bernstein introdujesen una duda, poco comentada en el partido obrero español, acerca de la posibilidad y, más aún, de la necesidad de la transformación social. En cambio, en un contexto en el que no sólo muchos dudaban de que la acción política pudiese desembocar en resultados positivos sino que la experiencia mostraba cómo habían fracasado los intentos de establecer un régimen representativo, la vía de la participación política no parecía convincente, mientras allí donde la experiencia la había convertido en algo apa-

⁸ *El Socialista*, 8 de mayo de 1891, o *El Liberal*, 1 de mayo de 1891.

⁹ *Le Socialiste*, 22 de abril de 1891.

rentemente imprescindible los socialistas, y era el caso de los guesdistas en el marco político donde actuaban, se formulaban pocas preguntas a su respecto. En la década de 1890, en particular, el *Parti ouvrier français*, a partir de algunos éxitos, subrayaba con énfasis las posibilidades ofrecidas por la participación electoral¹⁰. En aquella fase de optimismo de la corriente marxista, Engels casi se dejaba llevar por el mismo entusiasmo en el último prefacio que ponía a *Las luchas de clases en Francia* —no habían tomado forma todavía aquellas propuestas bernsteinianas que de manera significativa el PSOE no mencionó explícitamente durante un periodo bastante largo—. Según el socialismo español, su identidad consistía principalmente en mostrar que huía de las soluciones incompletas, es decir, de aquellas que sólo proporcionarían apariencias de modificaciones, y la participación en las elecciones podía ser considerada como una de ellas, si bien de vez en cuando el partido se dejaba llevar por la ilusión de que las elecciones le iban a dar una mayor legitimación. De hecho, sin entrar en comparaciones ni en justificaciones, se decía que de la política tal como la habían experimentado los trabajadores en España sólo se podía sacar esa conclusión, y por lo tanto no podía haber más que un fin, el último, por el que era necesario trabajar de una manera prioritaria: el fortalecimiento de la organización, no solamente obligatoria sino única vía para instalar el poder de los «trabajadores». Desde ese punto de vista la necesidad de cambiar fundamentalmente el sistema social se podía leer como un rechazo de la participación en todos los espacios en que los obreros podían ser contaminados por quienes de hecho estuviesen al servicio de sus «verdaderos enemigos»¹¹. El problema de las formas de la acción política no había llegado a plantearse todavía, y faltaba bastante tiempo para ello. Es significativo a este respecto que en el número ya citado de *El Socialista* que da cuenta del Primero de Mayo de 1891 se hable de una manera muy poco política de las formas de la revolución social:

Para la burguesía el conceder las ocho horas no significa más que aflojar un poco su bolsa; si las conceden la Revolución social, que es inevitable, será más suave, más humana; pero si no se muestra dispuesta a concederlas,

¹⁰ WILLARD, Cl.: *Les Guesdistes...*, op. cit., pp. 187-197.

¹¹ Del título de un artículo de IGLESIAS, en *El Socialista* (19 de octubre de 1888).

tanto peor para ella, porque como nosotros no dejaremos de ir reconcentrando fuerzas, cuando éstas sean suficientes, la revolución será violenta, será terrible, pues nadie podrá desterrar de nuestro pecho el deseo de venganza»¹².

Según esta visión, el partido socialista no necesitaba preocuparse por las modalidades de la acción revolucionaria ya que no se plantearía el problema de orientarla. No tenía tanta importancia, por lo tanto, que eligiera una actitud de participación o de indeferencia frente a los procesos electorales. Ni siquiera la tenía en lo que se podía referir a orientaciones más fundamentales, ya que la transformación de la sociedad había de venir de algún modo por sí misma —«cuando [...] sean suficientes [...] las fuerzas [...] [reconcentradas]»— es decir, independientemente de una construcción política. La frase citada deja claro que lo decisivo era la suerte de necesidad moral que sentirían los trabajadores. A este respecto, lo más significativo de aquellas palabras no es la aparente aceptación de la violencia —ella se produciría si los actores de la revolución se sintiesen empujados hacia ella—. Tal eventualidad, que contradice, de hecho, las prácticas concretas y la sensibilidad de los socialistas españoles, cuidadosos con respecto al orden público, es una prueba suplementaria del carácter muy formal de este tipo de consideraciones, las cuales, sin embargo, conciernen a la acción política. Pero, y aquí está el significado esencial, no hay espacio, ni interés por supuesto, para una reflexión acerca de sus formas.

Esa interpretación algo peculiar del camino hacia la revolución social podía encontrar un sitio entre las referencias de la corriente marxista porque unos y otros, es decir, a la vez partidos ya bien implantados y con intervenciones diferenciadas en sus espacios políticos nacionales, y también el PSOE con su discurso centrado en la elaboración casi exclusiva de una identidad social, compartían un componente fuertemente crítico. Ello se fundaba en la representación jerarquizada de la realidad social tal como la venía difundiendo la vulgata marxista, en la que lo económico es decisivo para explicar todo lo demás y para provocar su cambio. Por no afectar las causas fundamentales de la injusticia política y social, se rechazan las propuestas medianas o que no tienen un vínculo directo con la dominación social —o, por lo menos, se señala que dejan en pie la domi-

¹² *El Socialista*, 8 de mayo de 1891.

nación de la clase explotadora—; si bien algunas organizaciones socialistas participan de ellas en lo concreto del día a día político. Ni los progresos de la enseñanza ni la difusión del libre pensamiento pueden acercar la llegada de la revolución. Hay que desconfiar de la espontaneidad y de la impaciencia —la huelga general no puede ser una solución en sí—. Uno de los temas críticos es, desde luego, el que concierne a las construcciones utópicas que se olvidan de la necesidad absoluta de transformar la forma de la propiedad —a ellas se les opone la ciencia como en el folleto sacado de Engels—. A pesar de los esfuerzos para presentar propuestas a las categorías no obreras —campesinos, pequeños comerciantes, técnicos...— los discursos siguen centrados en la prioridad de la acción del proletariado. La propaganda, y en particular la prensa, vierten esa distancia día tras día. Cobra el sistema gran fuerza gracias a su capacidad para explicar la mayor parte de los aspectos de la vida social y para relacionarlos con la evolución de la historia, concebida además como un camino necesario hacia la revolución social. Todo ello jugaba a favor del mantenimiento, si bien formal en algunos casos, de la necesidad de la ruptura social. A la vez que contribuía a construir un fuerte sentimiento de pertenencia, el sistema dejaba las manos libres acerca de la forma de expresarlo y hasta permitía que se conservara en ciertos espacios nacionales rasgos esquemáticos, en particular, en el caso español, aquellos que se habían elaborado dentro de la experiencia y de las representaciones de los colectivos obreros más presentes en la vida profesional y en la vida política de las categorías populares.

Y ya que el desfase que se ha identificado en la actividad del PSOE con respecto a la mayoría de los partidos obreros europeos parece real, y difícilmente puede explicarse por una causas momentáneas, es legítimo que se intente ver hasta qué punto fue el producto de aquellas actitudes vinculadas con los sectores obreros ya activos. El hecho de que es también posible distinguir su presencia en otras corrientes propias del espacio español —la libertaria y, en ciertos aspectos, la republicana federal— es prueba de que constituyen una cultura política —ese fondo común en el que podían reconocerse las distintas versiones de la revolución social—, cuya lógica hay que buscar en aquella base social formada por los asalariados de los oficios a través de lo que es, de como se autorrepresenta, de los proyectos sociales en que participa, y también de la evolución de su experiencia política.

Tal vez cueste trabajo admitir que un grupo social relativamente limitado edificara unas referencias capaces de convertirse en modélicas. En la España de finales del XIX, no llega a englobar a todos los asalariados del trabajo manual no agrícola —no abarca, por supuesto, ni a la mano de obra del textil catalán, ni a la de las minas, de la siderurgia, etc.—. En él están aquellos colectivos obreros, de oficios en la gran mayoría de los casos, que tienen con alguna frecuencia asociaciones de defensa o, por lo menos, hábitos de resistencia o de solidaridad algo establecidos, esto es, los asalariados más estables en cuanto a comportamientos de defensa¹³. No consiguen serlo, en cambio, los de los sectores más industriales. En primer lugar, el sindicalismo del textil catalán, a pesar de haber contado con organizaciones en los años cuarenta del XIX, viene padeciendo, desde finales de los años ochenta del mismo siglo, una crisis que es prácticamente la última de las «Tres Clases de Vapor». Se rompe entonces, en particular después de la huelga del «*ram del aigua*» de 1892, el pacto informal por el que la patronal le reconocía un papel de intermediario. Después de los éxitos de la huelga de Manresa de abril de 1890, gracias a un importante e inédito movimiento de solidaridad en las fábricas del «Llano de Barcelona», una contraofensiva patronal, mientras un ministerio Cánovas sustituye a un ministerio Sagasta, anula poco después las mejoras conseguidas.

Ni por la relación con el trabajo ni por las formas de defensa, la vieja estructura de defensa de la Federación de los Asalariados del Textil (de sus «Tres Clases») podía convertirse en un ejemplo. En un contexto de «crisis del trabajo» en el ramo, los dirigentes, casi inamovibles desde mucho tiempo (Pamias, Fontanals, Guillot, Vidal, etc.), ya no sacaban muchos resultados de sus intervenciones cerca de los poderes públicos (el gobernador civil) ni tampoco del apoyo de los políticos republicanos. A principios de los noventa, fracasan —o renuncian— además en su intento de construir una expresión política que no fuera de radicalismo obrero a través del PDSOE, la organización del llamado «posibilismo»¹⁴. Es de notar que la actividad organizada con más continuidad en el área catalana

¹³ Como confirmación de su importancia cfr. Instituto de Reformas Sociales, *Estadística de la Asociación obrera en 1 de noviembre de 1904*, Madrid, 1907.

¹⁴ Sobre el posibilismo, cfr. ELORZA, A.: «El socialismo oportunista en España: la ideología de “El Obrero” (1880-1891)», en *Estudios de Historia Social*, 1, Madrid, abril-junio de 1977, pp. 263-370.

es, al fin y al cabo, la de los toneleros. Probablemente no son un modelo sino un indicio de las tradiciones de defensa de los sectores de los oficios, menos decisivos pero también presentes en Cataluña. Su federación reúne casi anualmente un congreso y es capaz de estar presente en todos los puntos de conflicto de las provincias de Barcelona y de Tarragona. Trabajan en pequeñas empresas a las que obligan a respetar reglas corporativas claras: aprendizaje largo, jerarquía de las tareas, necesidad de pertenecer a la Federación para ser admitido en el trabajo... Los sectores de los oficios dan cantidad de ejemplos de esta permanencia en las modalidades de la defensa económica.

Tampoco el trabajo industrial que se impone en la zona de Bilbao está en condiciones de constituir un modelo, por más que en este caso exista la excepcional influencia que los socialistas edifican allí a partir de 1890. Primero, por la atipicidad de los modos de defensa usados por el sector más conflictivo hasta la Primera Guerra Mundial, el de los mineros de hierro. Pero si bien los trabajadores «del monte» llevan a cabo las mayores movilizaciones y los ejemplos más constantes de solidaridad, pocos pertenecen a la federación sindical y sus medios de presión consisten en la capacidad de crear desórdenes en el paisaje accidentado de las Encartaciones, provocando la intervención de las fuerzas del orden y de las autoridades, que imponen un desenlace —las de los generales son las más conocidas—. Así se alcanzan algunas normas que los poderes institucionales imponen a las compañías mineras, las cuales se niegan a cualquier entrevista que pueda considerarse como una negociación. De todos modos, la dirección madrileña del partido no esperaba que eso se convirtiera en unas nuevas formas de actuar e Iglesias incluso se lo dijo a los mismos mineros, a quienes propuso que constituyeran cajas de resistencia según el modelo adoptado por el partido y la UGT¹⁵.

Los sectores de los oficios se caracterizan en cambio por compartir unas formas bastante estables de relaciones. Lo son en particular allí donde los asalariados de cada uno de los oficios alcanzan un número significativo —lo que supone cierta abundancia patronal frente a ellos—. Eso ocurre en las ciudades, más bien grandes, donde las especialidades significativas pasan de varios centenares de obreros¹⁶. La presencia de algunos colectivos combativos instala unas

¹⁵ *El Socialista*, 18 de septiembre de 1891.

¹⁶ En algunos casos podían ser varios millares (unos doce mil albañiles en Madrid, por ejemplo, que llegan a organizarse a partir del inicio del siglo xx).

referencias solidarias frente a unos dueños afectados por la modernización del trabajo, la cual los lleva, en sus talleres o pequeñas fábricas, a intentar quitar reconocimiento a las cualificaciones, reducir los procesos de adquisición del oficio, simplificar la división a veces sofisticada de las tareas, fuente, según ellos, de encarecimiento del precio del trabajo. Los obreros de los oficios se niegan, en cambio, a modificar lo que consideran como parte necesaria de su estatuto. Esta defensa del significado y de las modalidades del trabajo afecta, por supuesto, a los proyectos que llegan a elaborar como grupo. Pero éste no lo hace prescindiendo del papel que el marco institucional ha desempeñado cuando llevaban prácticas de resistencia. No se forman tampoco independientemente de los temas de los proyectos políticos que tienen, por así decirlo, a mano, porque son los que se comentan en los medios populares, esto es, las propuestas del sector radical del republicanismo. Por regla general, los responsables obreros de la primera generación se han formado en el federalismo y han convivido con algunas de sus imágenes políticas que las propuestas apolíticas de autonomía del proyecto obrero están lejos de haber borrado en seguida. No es necesario subrayar aquí que no forzosamente se establece una solución de continuidad entre el republicanismo popular y la propuesta libertaria cuando ésta emerge. Lo mismo se puede decir de la socialista, cuyos primeros exponentes empiezan difundiendo el apoliticismo de la Federación Regional Española. Por lo tanto, el sector de los oficios no proporciona sólo modelos de comportamientos profesionales sino que, junto con ellos, está la experiencia y las propuestas políticas que circulan en los medios populares. Tomó parte en ella en el intento más general de hacer representativo el sistema.

Las formas de defensa solidaria, ya lo hemos sugerido, son, por supuesto, una pieza decisiva ya que fijan comportamientos y tocan a la cuestión de la organización de la sociedad en la que el trabajo se encontraría liberado, es decir al tipo de propuesta general que se formula para la clase. Pero el marco institucional en que se encuentran los asalariados no puede dejar de tomarse en cuenta, ni tampoco la experiencia política propiamente dicha. Tiene una particular influencia a través de dos aspectos que contribuyen ambos a la auto-percepción del grupo. Por una parte, está la actitud del Estado, reacio a reconocer la libertad de actuar de los asalariados, empezando por el derecho de asociarse, fuese en los periodos anteriores al Sexenio

fuese en los años posteriores. De hecho, la misma libertad de reunión encontraba dificultades para que se la respetara¹⁷. La falta de reconocimiento oficial puede haber favorecido la tentación de aislarse. Por otra parte, el Estado estaba ausente en materia de legislación social y más aún de protección del trabajo. Las Juntas locales de Reformas sociales empiezan a funcionar, de manera muy modesta, a principios del siglo xx. No es más significativa la acción del Instituto de Reformas Sociales, sólo más visible por el carácter central de sus intervenciones y publicaciones. Dejada a la libre iniciativa de las partes, esto es, a la poca disponibilidad de los medios patronales, y a la preocupación del poder por mantener en primer lugar el orden público, la cuestión social, a no ser la represión del desorden, no suscita una actividad propia del Estado.

No actúan los distintos partidos socialistas europeos en un contexto socio-político muy parecido. El intervencionismo alemán es el más conocido. Pero incluso en Francia, con una legislación social más pobre, la entidad estatal no está ausente en iniciativas secundarias. El mismo segundo imperio, en aparente ruptura con la república social de 1848, toma sin embargo ciertas medidas, no sólo para vigilar el socorro mutuo sino para acompañarlo. La evidente instrumentalización política no constituye, por consiguiente, la única forma en que se percibe el Estado, ya que el marco dibuja también una posibilidad de actuar para sacar algún resultado de la instancia institucional central. En España, las eventuales propuestas, poquísimas, encuentran la indiferencia de la instancia estatal. Es lo que pasa, por ejemplo, con una, muy confusa y tímida, del obispado de Barcelona para constituir una gran organización de pensiones para obreros inválidos en aquellos años en que el Primero de Mayo alimentaba algunas discusiones a ese respecto. El origen no modificó el inmovilismo oficial. El Fomento del Trabajo Nacional se escondió, por su parte, detrás de la supuesta imposibilidad técnica del proyecto¹⁸. El interés era todavía menor, por supuesto, entre los patronos de los sectores de los oficios, entre quienes la herencia de la edad gremial se reducía a las conmemoraciones anuales del santo del oficio. Suscitaban más bromas que adhesiones, o se reducían a ellas, como

¹⁷ BALLBÉ, M.: *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983)*, Madrid, Alianza Universidad, pp. 193-246.

¹⁸ Archivo del Fomento del Trabajo Nacional, *Actas de la Junta directiva*, vol. 2, junio de 1891.

en el caso de las becerradas de los zapateros madrileños. El tema del Estado social lo divulgan esencialmente, después de terminar el siglo, unos reformistas sociales poco numerosos. Pero a menudo los intentos no pasan de veleidades, como aquellos de Dato tomando contacto con el antiguo líder de las «Tres Clases», Fontanals, cuando ya no representa nada.

En cuanto a los republicanos, sensibles a los problemas de las «clases populares», tampoco imaginan vías de intervención por parte de algunas instancias administrativas. Para los federales el Estado ha de reducirse a sus funciones imprescindibles. Por lo tanto no ofrecen ni una modificación de las relaciones de trabajo ni unos proyectos que incluyesen instituciones nuevas, y pocos se los piden. De hecho, las construcciones políticas que llegan a difundir, a veces con éxito, son, por lo tanto, unos edificios en los que las partes gozan de gran autonomía y que vienen a ser una manera de soslayar las formas de la acción política: en entidades pequeñas, y naturales, tales como las quieren instalar, las relaciones serían más directas y podrían prescindir de aquellas elaboraciones que dan lugar a riesgos de manipulaciones, de los que son ejemplos las formas que toma la política oficial¹⁹. Aquel pacto constitutivo lo evocan tanto Pi como A. Lorenzo²⁰. Suprimiendo las relaciones de subordinación, alimenta el rechazo a la vez de una acción para conseguir que el Estado dicte reglas y, para la sensibilidad ácrata, el de construcciones políticas.

Por consiguiente, entre los obreros organizados en formas estables circulaba, por vías a veces paralelas y a veces convergentes, una cultura que penetraba a la vez en las propuestas sindicales y en las políticas. La defensa de la calificación profesional por los obreros de oficios ofrece una de las más constantes y fundamentales. Bien gracias a una asociación con reglamento escrito o bien con prácticas de defensa sólidamente fijadas tienen los trabajadores de los oficios un sentimiento comunitario de pertenencia al grupo. Lo piden las formas de las acciones de defensa, ya que la solidaridad de cuantos componen la especialidad es el arma por la que pueden ceder los patronos. Los tipos de huelgas que llevan a cabo los oficios capaces de declararlas implican el compromiso de todos. Puede que los patronos

¹⁹ Cfr. el folleto tantas veces reeditado de GARRIDO, F.: *La república democrática federal universal*.

²⁰ ÁLVAREZ JUNCO, J.: *La ideología política del anarquismo español*, Siglo XXI, p. 227.

acepten las reivindicaciones cuando se manifiesta un importante acuerdo entre los obreros, y más fácilmente aún en periodo de fuertes pedidos. Pero cuando la resistencia patronal es mayor, los asalariados acuden a procedimientos que sólo se pueden llevar a cabo con la ayuda de todos: pagar a los obreros de aquellos establecimientos que se resisten a ceder, a través de una cuota de los que han vuelto a ocupar sus puestos en los talleres; organizar el boicot de los patronos reacios, cuando los hay; entrar en una huelga escalonada en la que los primeros en empezar son los que trabajan allí donde la victoria parece más segura; vigilar en todos los lugares de trabajo que no sea utilizado personal no cualificado para sustituir a los huelguistas... Los miembros del oficio lo conciben como una comunidad de la cual cada uno es responsable. En el mismo sentido va también la voluntad de mantener fuertemente cerradas las fronteras del grupo ya que el trabajo artesanal, al contrario que gran parte del industrial, está dividido en distintas especialidades que no se modifican, conservando casi todas la denominación originaria bastante más allá del principio del siglo. De ahí que costara tanto trabajo instalar federaciones de industria, incluso cuando la iniciativa se tomaba en el espacio libertario, teóricamente contrario a las fronteras insuperables pero heredero también de las formas de trabajo y de resistencia de los oficios.

De hecho, la sensibilidad libertaria no se construía contra la experiencia y los esquemas ideológicos venidos de los oficios. Podía también aparecer, en particular entre la constitución de la Federación Regional Española y los años iniciales del nuevo siglo, como muy cercana a la temática de las organizaciones de oficios con las que compartía temas y vocabulario. No faltan los ejemplos, como aquella expresión usada por *El Productor*, periódico libertario de Barcelona, a propósito de la huelga de los albañiles que, en 1888, trabajaban en las obras de la Exposición Universal. Al enterarse del intento del gobernador civil de intervenir en el conflicto para encontrar un compromiso, que suponía bastantes ventajas, el semanario pide que no se interrumpa lo que él llama el «curso natural de las huelgas», es decir, una oposición en la que sólo están dueños y obreros²¹. El punto de partida era la crítica de las iniciativas de aquéllos, los responsables de las «Tres Clases» en particular, que esperaban de

²¹ *El Productor*, 19 de agosto de 1887.

la intervención de los poderes públicos una ayuda para mejorar la relación de fuerzas con los patronos. La realidad de los oficios y la propaganda libertaria desembocaban juntas en un concepto que consolidaba la percepción antiestatal de las huelgas, la cual influía de esta manera en el conjunto de las organizaciones obreras, incluso en aquellas que teóricamente se situaban lejos de los enfoques anarquizantes.

Las formas de defensa, igual que sus prolongaciones en los proyectos de actividades solidarias, contribuían de manera convergente a que se mantuviera estable un tipo de solidaridad que se expresa con prioridad dentro del grupo. Con una doble consecuencia: favorece, en primer lugar, la defensa de la autonomía de las organizaciones de base a expensas de solidaridades interprofesionales que hubiesen supuesto más apertura y más movimientos y, al mismo tiempo, en lo que se refiere a las formas de organización de una estructura general de defensa, y también al tipo de proyecto de transformación de la sociedad, manifiesta una preferencia por las construcciones poco centralizadas. Es legítimo pensar que ahí está una de las fuentes de los reflejos libertarios. Pero no juega esa referencia en un único sentido. De hecho, el anarquismo ideológico, y luego el anarcosindicalismo, quiso despegarse de las referencias obreras tradicionales, entre las que cierta defensa de la organización limitaba la libertad de actuar—. En cambio, por el lado del socialismo español, proporcionaba un marco que podía tener un sentido bastante alejado, ya que en él la posibilidad de la acción se subordinaba a la organización —el esquema general soñado por la UGT consistía en la construcción de un potente instrumento capaz de decidir si existían las condiciones de actuar. Afirmar su necesidad constituía también un eco con respecto a las tan subrayadas virtudes de la asociación.

Se trata probablemente del rasgo más difundido por el discurso obrero si lo consideramos en su globalidad, es decir, compuesto a la vez de las corrientes políticas, bien conocidas, y de las iniciativas asociativas, ya que abarcan las actividades de socorro mutuo, de cooperación, de educación, de difusión de «cultura» obrera —entendiéndose en este caso la palabra en el sentido que le daban entonces las organizaciones obreras, de diversiones, etcétera—. Son más variadas de lo que le pareció durante cierto tiempo a la historiografía, y las acompaña una infinidad de textos, de estatutos, de proyectos, de balances de cuentas... No cabe imaginar que tuvieran en la realidad

social y política un impacto considerable pero, precisamente, son otros tantos indicios del tipo de proyecto social implícitamente presente cuando empezaba a tener actividad un colectivo, tanto para su defensa económica como para compartir un espacio de sociabilidad. Lo notable es que se exprese de modo continuo una confianza en la iniciativa autónoma de asociación, objeto de una gran exaltación. Llegaba a tener tanta importancia porque el modelo de acción, y en particular el más sólidamente instalado entre los distintos que se proponían, esto es, el de los colectivos más activos de los asalariados de los oficios, se construía dentro de aquella visión negativa del Estado ampliamente compartida —también la expresaron los motines— que ya señalamos.

Las corrientes obreras radicales no supusieron un corte claro con estos esquemas. Su voluntad de trabajar por la ruptura total del orden social las llevaba a un antagonismo definitivo con respecto a los republicanos, incluso federales, pero no se desprendieron por lo tanto de lo que significaba el modelo político implícito en los proyectos anteriores a la formalización de las grandes corrientes obreras. Nos hemos atrevido a llamar a esta combinación «ideología internacionalista». De hecho, con respecto a las construcciones políticas del federalismo se mantenía «un esquema todavía deudor del racionalismo ilustrado, con la contraposición de orden natural, meta de la acción revolucionaria, a la injusticia vigente. La revolución, la “liquidación social”, apartando la falsa vía de la política, viene a conciliar en el marco igualitario del “pueblo” [la] dualidad esencial de la sociedad burguesa»²².

La comparación de la temática que acompaña esta forma de presencia obrera y las formas de acción tal como las propone el PSOE ofrece unos rasgos llamativos. Ambas prescinden del Estado, a quien no se pide ni sanción legal, ni cantidades, ni garantías. Es significativo en particular que para afrontar las huelgas se proponga la edificación de grandes cajas de resistencia capaces de imponerse a la voluntad contraria de los dueños —la UGT las elige como forma privilegiada de acción en su primer Congreso, pero figuraban desde el principio en la propaganda del partido, que las había tomado de la Federación española de la AIT—. Los conflictos sólo opondrían dos partes y el Estado no podría ser un medio en el que apoyarse

²² ELORZA, A.: «La formación de la prensa obrera en Madrid», en CASTILLO, S., y OTERO CARVAJAL, E.: *Prensa Obrera en Madrid*, Madrid, Alfoz, 1987, pp. 90-91.

—ya se vio la larga desconfianza del partido con respecto a eventuales disposiciones legales—. A su vez las iniciativas de organización de ayuda social o de educación tales como las imagina el asociacionismo obrero, empezando por las sociedades de socorro mutuo, las más difundidas, en los medios asalariados, prescinden del aparato estatal y le encuentran una compensación en las posibilidades infinitas de la asociación ya evocadas antes del Sexenio²³.

Estas sociedades, al igual que las unidades de base de las construcciones antiautoritarias, están llamadas a formar un conjunto autónomo que funcione por sí solo hasta constituir una sociedad liberada de la explotación. Ello se alimentaba en una exaltación de la asociación, fuertemente presente en una gran variedad de iniciativas y que no constituye una pieza sin efecto en la formación de la preocupación prioritaria por consolidar la organización característica del PSOE durante bastante tiempo, presentando su crecimiento como primer objetivo del partido (cfr. los incontables llamamientos de Iglesias a fortalecer la organización —«organización, mucha organización»—)²⁴. La exhortación no era nueva y su continuidad dibuja una de las referencias centrales de aquella cultura obrera que hemos intentado evocar²⁵. Las Casas del Pueblo, a su vez, son un eco de esa confianza ilimitada en la asociación.

La presencia difusa de estos proyectos no la pueden explicar solamente las formas de defensa del trabajo y los modelos de resistencia y de solidaridad obrera que se han ido construyendo a partir de los años sesenta y setenta del siglo XIX. Por supuesto, son un reflejo idealizado de ellos. Pero lo hacen porque también incorporan el espíritu de las propuestas federalistas, las cuales difunden a su

²³ Algunas citas en RALLE, M.: «Protección mutualista e identidad obrera (1870-1910)», en *Sociología del Trabajo*, 16, Madrid, otoño de 1992, pp. 157-160. Como ésta de Gusart de 1866: «[...] estaremos seguros de encontrar siempre amigos que nos recibirán en su seno como individuos de una misma sociedad que tiene por objeto prestarnos amparo y protección en todos los momentos de la vida».

²⁴ *El Socialista*, 31 de agosto de 1894. Es significativo que el tema hubiera aparecido en otras sensibilidades obreras.

²⁵ Es constante en la Federación Regional Española de la AIT. Más significativo es encontrarla en la prensa del posibilismo a principios de los años ochenta, en *El Obrero* de Barcelona, entonces órgano de las «Tres Clases de Vapor»: «Mucha organización han menester los obreros para que su vida y sus obras hallen la debida compensación y adquieran el carácter respetuoso que exige el interés de esa clase, abandonada a sí propia, el cuidado de conquistar su redención o perpetuar su dependencia» (*El Obrero*, 30 de septiembre de 1881).

nivel construcciones políticas ideales y un fuerte antiestatismo que no se puede explicar independientemente de una experiencia de la política, por lo menos en los espacios urbanos, y que tiene que ver con la crisis del Estado liberal. Precisamente la corriente anarquista sistematiza, gracias a la referencia bakuninista, el rechazo del contacto con el Estado y la idea de su necesaria destrucción, pero ya antes de su difusión estaba presente parte de su temática a través del discurso de defensa económica y de la perspectiva pimargaliana de dividir el aparato del poder.

Esa cultura obrera es la que contribuye a que el socialismo español inflexione la temática marxista, venida a través de las fuentes exteriores, hacia una ideología de oposiciones binarias que daba una apariencia muy defensiva al comportamiento del partido obrero²⁶. Así afirmaba la prioridad de la identidad obrera sobre cualquier objetivo político gracias a la exaltación de la organización. Ello respondía, por supuesto, a la actitud de repliegue que el PSOE había adoptado desde el inicio, la cual se justificaba en nombre de la necesidad histórica de la revolución social. La posición doblemente débil del partido, tanto en el plano de la actividad sindical como en el de la difusión de las propuestas políticas, lo llevaba sin duda hacia esa dirección. Pero también la elegía porque dentro de los sectores obreros con los que se estaba vinculando se había venido difundiendo aquella visión defensiva de la identidad obrera de la cual se han evocado aquí algunas facetas.

A partir del primer decenio del siglo, y sobre todo de la Conjuración, se fue modificando la postura del partido obrero con una inserción en la política que, además de una participación en la lucha por la extensión de las libertades, llevaba a plantear una acción más precisa contra el Estado (coste de vida, contrato de trabajo, accidentes...). Sin embargo, a pesar de la novedad del contexto, la tentación de seguir dando la prioridad al fortalecimiento de la organización no había dejado de existir. Aparecería todavía en la dictadura de Primo.

²⁶ ELORZA, A.: «Ideología obrera en Madrid: republicanos e internacionales», en ELORZA, A., y RALLE, M., *La formación del PSOE*, Barcelona, Crítica, 1989, pp. 31-32.